

ECUADOR: ESQUEMA HISTÓRICO SOBRE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

Juan J. Paz y Miño Cepeda

* Ecuatoriano. Doctor en Historia. Profesor de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE). Miembro de Número de la Academia Nacional de Historia. Ex Vicepresidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC)

Para la historia está claro que el desarrollo del pensamiento social va ligado a las condiciones específicas bajo las cuales se producen las ideas. Y que, además, las personalidades que se destacan en ese pensamiento representan la época de sus propias ideas.

Pero eso no es todo. El pensamiento social también expresa intereses, necesidades, posicionamientos, dentro de un marco de contradicciones sociales entre sectores que visualizan la realidad de un modo distinto y en función, precisamente, de esos intereses.

Estas son premisas fáciles de expresar, pero difíciles de concretar en un examen global del pensamiento social, tan complejo y variado, con múltiples representantes a cada paso histórico.

Ecuador, desde luego, es un país que ha generado pensamiento propio. ¿Desde cuándo rastrearlo? ¿Quiénes lo representan? ¿Qué tipo de pensamiento resaltar? ¿Cuáles son los autores más representativos?

Señalo, por tanto, el límite de este artículo: no se trata de hacer una historia del pensamiento social ecuatoriano; pero, sobre una base histórica, intento destacar algunos hitos de la investigación en ciencias sociales, particularmente referida a tres áreas: economía, sociología e historia, sin la pretensión de decirlo “todo”, lo cual es imposible, sino únicamente con el propósito de introducir reflexiones para el conocimiento del Ecuador en el ámbito latinoamericano. Y esto porque Ecuador, si bien hoy “suena” en América Latina a causa del gobierno existente, presidido por Rafael Correa (2007-hoy/2014), en cambio ha sido un país normalmente relegado y poco estudiado desde el exterior, al mismo tiempo que poco conocido en su quehacer investigativo social.

Un breve ejemplo: si se examinan las historias latinoamericanas, normalmente quedan destacados los países más grandes y aquellos que parecen haber marcado ciertos hitos particulares; pero es raro encontrar referencias amplias sobre el Ecuador. En cambio, cada

vez más las ciencias sociales se interesan por la situación actual del país, que marca un momento crucial en la experiencia de los gobiernos de la Nueva Izquierda latinoamericana.

Debo añadir también que trato de concentrarme en aquellos hitos intelectuales que pertenecen a la época republicana y, además, que resultan mucho más cercanos a nuestro presente.

Comencemos, entonces, con algo de la periodización histórica.

El territorio que hoy constituye la República del Ecuador fue poblado hace unos doce mil años atrás. Se inició con ello la Época Aborígen, caracterizada por una evolución socio-cultural a través de varias fases. El Incario incursionó en estos territorios desde el último cuarto del siglo XV. Logró integrar las culturas existentes bajo el dominio del Tahuantinsuyo.

En 1532 se inició la conquista española y con ella comenzó la Época Colonial, en la que dominó la cultura y el pensamiento de la elite blanco-criolla, que relegó las expresiones de las capas sociales sujetas tanto a su hegemonía política, como a la explotación económica. En el siglo XVIII floreció el pensamiento ilustrado quiteño, cuya figura más representativa fue el precursor Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo (1747-1795).

El período de la Independencia se extendió entre 1808 y 1822. Se inició con la Revolución de Quito (1808-1822), que el 10 de agosto de 1809 estableció una Junta Soberana, el primer gobierno criollo en la Audiencia y, en mucho, pionero en la Hispanoamérica de la época. Inmediatamente y durante ocho años (1822-1830) el país se integró a la República de Colombia, soñada por el Libertador Simón Bolívar (1783-1830), y lo hizo con el nombre de Departamento del Sur o Ecuador, pero se separó de la Gran Colombia el 13 de mayo de 1830 para formar una república independiente.

La impresionante movilización de ideas, pensadores, elites criollas, revolucionarios americanistas y sectores populares, que despertó la gesta de la independencia, con ideales para el establecimiento de una nueva sociedad, basada en los principios republicanos, la igualdad, los derechos ciudadanos y la democracia, fueron frustrados con la instauración de repúblicas oligárquico-terratenientes en todos los países de la naciente América Latina.

A menudo no suele distinguirse esta situación, confundiendo a la independencia como una simple lucha de criollos por hacerse del poder, sin advertir que con ello se minimiza y desconoce la historia de la lucha social y popular que trajo consigo, y que, además, la independencia constituyó el hecho más importante no solo en nuestra región, sino en el mundo, pues fue América Latina la primera en romper con el coloniaje, en los albores del nacimiento del capitalismo.

La organización de las repúblicas es un asunto distinto. Poderosas familias criollas que aprovecharon de la toma del poder, instauraron su dominación, excluyendo de la nueva sociedad política a amplios sectores sociales.

En Ecuador, durante las primeras tres décadas republicanas, las sucesivas Constituciones exigieron calidades económicas para ser ciudadano, presidente, vicepresidente y legislador;

el tributo de indios fue la base que sostuvo los presupuestos estatales; las haciendas de Costa y Sierra dominaron la economía nacional con campesinos, montubios y, ante todo, indígenas, sujetos a sistemas de explotación y miseria, sobre cuya base se constituyeron las fortunas de las contadas familias de propietarios terratenientes; la autoridad pública se ejerció en forma despótica, caudillista y autoritaria.

Desde 1860, con Gabriel García Moreno, caudillo conservador que tuvo una influencia determinante sobre el país durante quince años, se instaló un régimen que articuló modernización, eficiente obra pública, aliento a las elites propietarias, bancos y fomento agroexportador, con represión social, confesionalismo estatal y hegemonía de la Iglesia Católica.

En tales circunstancias, el siglo XIX fue de continuas confrontaciones entre liberales y conservadores. Sus ideólogos determinaron las líneas de comprensión de la realidad nacional: para los conservadores el liberalismo era extraño y ajeno a las realidades del país, fruto de una ideología europea condenada por la Iglesia, combatible por pertenecer a masones, impíos y herejes; para los liberales, en cambio, conservadores e Iglesia obraban fusionados en defensa del “feudalismo”, representaban las herencias del pasado colonial y con García Moreno habían logrado un Estado exótico, sometido al Papa.

Además, los ideólogos liberales confrontaron a todo gobierno que afectaba la democracia, conculcaba derechos y arrasaba con las libertades. Su pensamiento, que advertía civilización y progreso en los países de capitalismo central, constituía, bajo las condiciones ecuatorianas, el ideario más avanzado de la época, el que cuestionaba la hegemonía terrateniente, andina y aristocratizante del conservadorismo, el que pretendía avanzar la conciencia social por sobre los dogmas de fe para dar cauce al imperio de la razón, las libertades individuales y el conocimiento empírico de las realidades.

La resolución del conflicto mayor entre conservadorismo y liberalismo vino de la mano de la Revolución Liberal Ecuatoriana de 1895, que significó la toma del poder político por parte de los *radicales*, el ala de “izquierda” del liberalismo nacional, que contó con amplias bases de apoyo popular entre montubios, campesinos, indígenas, trabajadores urbanos, capas medias, pero también del que le brindaron, finalmente, los agroexportadores del cacao costeño, los comerciantes y banqueros del litoral y los primeros núcleos de manufactureros, que a fines del siglo XIX, constituían, en conjunto, la incipiente *burguesía* ecuatoriana.

Pero la Revolución Liberal se inscribió en el marco de los conflictos que caracterizaron al primer siglo republicano del Ecuador y por ello, aunque hizo notables avances en obras públicas (como la construcción del ferrocarril), introdujo la educación laica y gratuita, creó normales, estableció instituciones para la educación pública, secularizó la cultura, introdujo el registro civil, el matrimonio civil y el divorcio, incorporó a la mujer al trabajo en el Estado, propició la formación de un precario sindicalismo, y en las Constituciones liberales de 1897 y 1906 estableció los más amplios derechos individuales de carácter civil y político, no terminó con el sistema oligárquico-terratiente.

Incluso entre 1912-1925, después del asesinato de Eloy Alfaro (1842-1912), su caudillo fundamental, el liberalismo en el poder abandonó toda radicalidad e instauró un Estado dependiente de las poderosas oligarquías internas y particularmente de la burguesía financiera de Guayaquil, con lo cual fue cortado el ascenso político de las clases medias y se reprimió toda expresión de reivindicación laboral, que condujo, entre otras, a la escandalosa matanza de trabajadores en Guayaquil, ocurrida el 15 de noviembre de 1922.

Entre la transformación del régimen oligárquico y la modernización capitalista

Con los inicios del siglo XX el mundo cambió y América Latina se vio arrastrada, cada vez más, a la vorágine de la economía y de la política mundial.

El 9 de julio de 1925, un movimiento militar dio inicio a la Revolución Juliana, cuyo ciclo político se extendió entre 1925 y 1931. Por primera vez en la historia nacional el Estado intervino en la economía (fiscalización de bancos, creación del Banco Central, Superintendencia de Bancos, Contraloría, impuesto a la renta y sobre capitales) y se institucionalizaron las políticas sociales en favor de las clases trabajadoras (Ministerio de Previsión Social, Direcciones de Salud, Caja de Pensiones, leyes sobre contrato laboral, salarios, jornada, sindicalización, huelga), que se consagraron en la Constitución de 1929, primera en reconocer los derechos de “segunda generación”, esto es, precisamente, los sociales-laborales y económicos.

Las transformaciones julianas iniciaron, además, un largo y tortuoso camino de superación del régimen oligárquico-terrateniente y progresivo -al mismo tiempo que lento- desarrollo del capitalismo ecuatoriano, que se extendió hasta el inicio de la década de 1960, y en cuyo interior se agudizó el reacomodo de clases sociales, acompañado de una aguda confrontación entre ellas, que solo entre 1931-1948 produjo veinte gobiernos, lográndose estabilidad gubernamental únicamente entre 1948-1960.

Prácticamente desde los años veinte, también se vivió el paso del pensamiento político liberal/conservador a una nueva forma de expresión en dos áreas renovadoras: la economía y el ensayo sociológico. Además, se renovó el pensamiento jurídico, ante el avance social y la conflictividad política, aunque prevaleció la dogmática y la exegética. En los años treinta floreció incluso la literatura social (también el arte), capaz de retratar las realidades impactantes de la pobreza y el atraso en el país, por lo que adquirió un singular sentido de denuncia y *realismo*.

La incipiente economía, aunque despegó en los estudios universitarios ligados a la formación en las facultades de jurisprudencia, predominó con carácter instrumental al servicio de las instituciones económicas creadas y desarrolló las primeras estadísticas.

Pero la primera obra que puede catalogarse dentro del género del ensayo sociológico fue “Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano” de Alfredo Espinosa Tamayo, conjunto de artículos escritos en 1916. Se trató de comprender al país en sus distintas expresiones de “raza”, historia, política, economía, salud, educación, cultura y psicología, desde la perspectiva positivista basada en el determinismo geográfico. Siguieron los primeros pensadores influidos por un “marxismo” en asimilación, al calor de la influencia mundial del nacimiento de la URSS (1917), la fundación del Partido Socialista (1926) y del

Comunista (1931) y la necesidad de explicar la “lucha de clases” que se advertía como dato objetivo de la realidad ecuatoriana. Se combinaban los rudimentos marxistas con el biologismo y el psicologismo sociales, el “indigenismo” (florecente en América Latina por la misma época), el antropologismo.

Una pléyade de pensadores jóvenes, provenientes de la izquierda ecuatoriana en formación y desarrollo, fueron así los que inauguraron una nueva forma de ver y conceptualizar las realidades del país, lo que permitió comenzar a entender el entramado social, con sus diferencias de intereses, las dominaciones históricamente establecidas, los sistemas de explotación generalizados o los juegos políticos. Se empezó a descubrir el país “oculto”, en el cual el Estado, la democracia, las leyes y, en general, todo el sistema, funcionaba al servicio de minorías poderosas. El pensamiento social nació, pues, acompañando a la presencia de las clases medias, los trabajadores y los sectores populares, que reclamaban ser agentes de la historia y no las víctimas de la dominación interna, ni de la que instauraron en el mundo las potencias imperialistas.

Del desarrollismo al pensamiento científico

El inicio de la década de 1960 estuvo marcado, en toda América Latina, por el triunfo de la Revolución Cubana (1959).

Es bien conocido que, para contrarrestar el ejemplo y la influencia cubanas, en los EEUU se iniciaron una serie de políticas de control imperialista sobre la región. Aparecieron los expertos profesores en temas latinoamericanos y sus interpretaciones sobre el “subdesarrollo”, comenzó la injerencia ideológica anticomunista sobre las fuerzas armadas y, sobre todo, se articuló el programa Alianza para el Progreso, destinado a promover la modernización capitalista en los diversos países.

En esas condiciones, la guerra fría se expandió sobre América Latina. Había que acabar con el peligro comunista y para ello, durante la década señalada, crecieron las dictaduras militares y los gobiernos títeres de los EEUU. En 1963 en Ecuador tomó el poder una Junta Militar (1963-1966) anticomunista y pronorteamericana que inmediatamente acogió el programa Alianza para el Progreso. Pero la formulación del primer Plan de Desarrollo (1964), claramente desarrollista, quedó en manos de la Junta Nacional de Planificación y Coordinación Económica, creada en 1959 por la CEPAL. Por tanto, el plan enfatizó no solo en la reforma agraria, sino en conceptos típicamente cepalinos como el enfoque a favor de la industrialización sustitutiva de importaciones, la redistribución de la riqueza, la integración, el control de importaciones para lograr una balanza comercial favorable y la generalización de las relaciones salariales en el campo, superando las “formas precarias” del trabajo, a fin de acabar con la estrangulación del mercado interno y potenciar el consumo.

Ese típico esquema desarrollista fue acogido por la Junta Militar y lo puso en marcha, de manera que los gobiernos que le sucedieron después de 1966, aunque no lograron desmontar la vía económica ya trazada, tampoco la siguieron con la decisión que caracterizó a los militares e incluso debilitaron la reforma agraria.

Entre 1972-1979, dos gobiernos militares retomaron el modelo desarrollista y gracias a los espectaculares ingresos petroleros de la época, Ecuador se modernizó como nunca antes en su historia y consolidó su estructura capitalista. Cabe anotar que en el Cono Sur Latinoamericano también se establecieron, en la misma década (en Brasil desde 1964) dictaduras militares cegadas por el anticomunismo, que establecieron Estados terroristas, con asesinatos, torturas, desapariciones forzadas de personas y violación sistemática de derechos y libertades que, en cambio no ocurrieron en Ecuador, pues el primer gobierno militar (1972-1976) ejecutó un programa nacionalista y reformista, en tanto el segundo (1976-1979), abandonó el nacionalismo y acentuó el ejercicio autoritario del poder, sin obrar en los extremos de sus pares latinoamericanos.

Puede afirmarse, por consiguiente, que en dos décadas, la industria tomó impulso, decayó la agricultura en forma alarmante, Ecuador se integró de lleno al sistema capitalista mundial y su sociedad se modificó con la ampliación de las clases medias, la consolidación de una burguesía interna, la definitiva superación del sistema oligárquico-terrateniente y la estrecha vinculación del país con los EEUU. Naturalmente, todo ello trajo consigo una multiplicidad de cambios en el orden político y cultural, pues aparecieron nuevos movimientos y partidos, las confrontaciones entre clases sociales se clarificaron y la lucha por el poder se intensificó.

Desde la perspectiva de la evolución del pensamiento ecuatoriano y de la investigación social, en la década de los sesenta adquirió importancia la economía como ciencia, pues ella respondía a las necesidades del modelo desarrollista, por más que los economistas eran seriamente criticados por los grupos de poder tradicionales, que los consideraban librescos y burócratas de escritorio, capaces de “planificar” el país, pero sin conocimiento de su “realidad”. El apodo de “kikuyos”, es decir, de mala yerba, se generalizó. Pero es evidente que los economistas y planificadores estaban jugando un papel renovador en las ideas sociales.

La capa crítica de los economistas estuvo influenciada por el pensamiento cepalino de la época y por el marxismo. Al mismo tiempo, aparecieron los estudios cada vez más técnicos sobre la realidad ecuatoriana, basados en información económica e investigación social.

Con Agustín Cueva (1937-1992) y su obra “El proceso de dominación política en Ecuador” (1972) fijó su línea contemporánea la sociología marxista, anticipada por intelectuales que, además, eran militantes de partidos de izquierda, como Pedro Saad Niyaim (1909-1982), largos años Secretario General del Partido Comunista; y, sobre todo Manuel Agustín Aguirre (1903-1992), fundador del Partido Socialista Revolucionario (1963) y un gran difusor del pensamiento de Marx. La singular obra de Cueva definitivamente superó el ensayo sociológico, porque elaboró un trabajo bien fundamentado, que descubría clases sociales y procesos estructurales al momento de examinar la vida política del país desde sus inicios republicanos, con lo cual quedó atrás la visión personalista y presidencialista que había caracterizado la visualización de la historia nacional.

La ciencia social ecuatoriana se desarrolló a partir de entonces sobre dos bases inconfundibles: el influjo del marxismo como teoría para el examen de la realidad, y la búsqueda de comprensión histórica de los fenómenos sociales.

Nada raro, entonces, que desde fines de la década de los setenta y comienzos de los ochenta, apareciera en Ecuador una generación renovada de intelectuales e investigadores que aportaron al conocimiento en forma decisiva, quedando atrás la visualización que hicieran autores tradicionales, ligados al ensayo, la jurisprudencia y el comentario político.

Fue, por lo demás, un fenómeno latinoamericano generalizado, a tal punto que también despegaron editoriales de renombre (Siglo XXI, Fondo de Cultura Económica, Ariel, Alianza, etc.) y se difundieron en la región obras de autores de indudable valía. La ciencia social latinoamericana de aquellos años atrajo la atención mundial, sobre todo porque estuvo vinculada al pensamiento crítico, elaboró conceptos e interpretaciones propios para América Latina y arrinconó por completo a las obras y estudios que provenían de las “derechas” intelectuales, incapaces de dar cuenta de la realidad latinoamericana por haber enfocado su pensamiento y acción a la defensa del sistema y al combate al “comunismo” o lo que creían que era. Para citar algo, la obra de Aldo E. Solari, “Teoría, acción social y desarrollo en América Latina” (1976) puede considerarse como un resumen de los principales aportes de la sociología latinoamericana de aquellos tiempos.

La corriente denominada Nueva Historia alcanzó notoriedad al iniciarse la década de los ochenta e incluso fueron publicados 15 tomos de la “Nueva Historia del Ecuador”, con artículos innovadores de una generación de investigadores que representaron no solo lo mejor de la academia, sino el compromiso intelectual con el cambio, pues a través de la investigación habían podido dar cuenta de las realidades del país en sus distintos ángulos de vida y, por ello mismo, no podían sino vincular su trabajo intelectual al compromiso social por una nueva sociedad, ya que era evidente el predominio crítico de su pensamiento frente al atraso, el “subdesarrollo”, la explotación y la pobreza, es decir, las evidencias del capitalismo ecuatoriano y latinoamericano que tales investigadores demostraron a través de múltiples escritos.

No solo alcanzó primacía nacional la economía, la sociología y la historia críticas, sino también la antropología y la filosofía, rama que descolló con aportes igualmente inéditos, pues casi por primera vez se daba cuenta profunda de la trayectoria que había tenido la historia de las ideas en Ecuador, a través de una serie de intelectuales que siguieron las tendencias del filosofar latinoamericano igualmente potenciado en aquel tiempo.

Los ejes intelectuales

El breve esquema histórico-cronológico hasta aquí expuesto merece ser complementado con otra rápida visualización de los hitos del pensamiento e investigación social ecuatorianos. Es imposible, desde luego, realizar un balance y recuento pormenorizado, por lo cual me limito a destacar tres áreas que han tenido particular evolución y significación para el Ecuador contemporáneo.

Comenzaré con la investigación económica, con la cual he podido tener contacto próximo por una doble razón: soy profesor en la facultad de Economía de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE) y, además, han estado a mi cargo las cátedras de Historia Económica del Ecuador y de América Latina.

La economía, como se anotó antes, tomó impulso durante las décadas desarrollistas del pasado siglo. Adquirió significación institucional a través de los informes periódicos de las principales entidades públicas: Banco Central, Ministerio de Economía y Finanzas, Ministerios de Agricultura, Comercio, Integración, Obras Públicas; Superintendencias de Bancos y Compañías, Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC), etc. La reflexión académica quedó en manos de las facultades de Economía en las universidades. Pero hegemonizó el pensamiento oficial, de modo que la investigación económica crítica coincidió en levantarse con el auge de la ciencia social ecuatoriana, esto es, en los albores de los ochentas, vinculada con la denuncia del régimen capitalista y a través de una serie de autores influidos por el marxismo o identificados con esta teoría.

Con el avance del modelo empresarial de desarrollo, en las dos últimas décadas del siglo XX se afirmó en Ecuador la ideología del “neoliberalismo”, en cuyas fuentes se nutrió un grupo de pensadores economistas que sistemáticamente hizo la defensa del mercado libre, la empresa privada, el retiro del Estado, las privatizaciones, la flexibilidad laboral y el arreglo de la deuda externa, estrechando así sus vínculos teóricos con los conceptos impuestos por el FMI y difundidos por el Consenso de Washington. Unos fueron economistas convertidos en tecnoburocracia estatal, varios ocuparon puestos importantes en las instituciones públicas de carácter económico, pero otros actuaron desde la universidad y la academia, acogidos incluso por medios de comunicación y revistas especializadas en la promoción del empresariado.

Gozaban de notoriedad y su forma de “hacer” la economía fue revestida con lenguaje técnico, estadísticas y cálculos. A menudo alegaban estar alejados de la política. Pero apuntalaban con sus ideas el modelo empresarial que en Ecuador trajo consigo la continua pérdida de la calidad de vida y de trabajo de la mayoritaria población nacional, en tanto el consumismo galopante, el afán de lucro y la euforia empresarial llenaban el panorama nacional. Utilizando su propia “metodología”, si se examinan los resultados del modelo empresarial/neoliberal en Ecuador a través de las informaciones de los propios organismos del Estado, podrá verificarse que los salarios reales sistemáticamente cayeron, que creció el desempleo y el subempleo, se disparó la emigración y, sobre todo, se produjo una acelerada y escandalosa concentración de la riqueza, en detrimento del bienestar general, al que supuestamente las políticas económicas estaban destinadas a servir. Ni qué hablar de la “gobernabilidad”, pues tan solo en una década (1996-2006) hubo siete gobiernos, una efímera dictadura nocturna y los únicos tres presidentes electos por votación ciudadana en ese período, fueron derrocados: Abdalá Bucaram (1996-1997), Jamil Mahuad (1998-2000) y Lucio Gutiérrez (2003-2005).

Particularmente desde 1982 hasta 2006, empresarios y gremios empresariales, así como economistas ligados a sus intereses, tuvieron determinante influencia en la conducción de una serie de políticas estatales: sucretización de deudas privadas (el Estado asumió, en dólares, el pago de deudas empresariales convertidas a sucres), liberalización de tasas de interés y tipo de cambio, debilitamiento del sistema de impuestos, facilidades aduaneras, flexibilidad laboral (trabajo por horas y tercerizado, por ejemplo), feriado bancario (igual al “corralito” argentino), dolarización de la economía nacional, disminución del gasto público en áreas sociales, pago de la deuda externa con sujeción a las Cartas de Intención con el FMI, etc.

Fue muy difícil que los economistas de la corriente crítica tuvieran decisiva influencia en el pensamiento económico oficial y hegemónico, por lo cual sus trabajos circularon sobre todo en los espacios universitarios y en los ambientes académicos de las izquierdas, puesto que éstas fueron las que conservaron un permanente cuestionamiento al avance del neoliberalismo, su implementación en el país y la incorporación al mundo globalizado en términos dependientes.

Otra área de la investigación social que destacó es la historia, ciencia que conozco con mayor firmeza precisamente por mi formación profesional y mi dedicación académica, y sobre la cual también cabe señalar algunos hitos fundamentales para Ecuador.

En 1909, bajo la iniciativa del Arzobispo de Quito, Federico González Suárez (1844-1917), se fundó la “Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos”, que en 1920 adoptó el nombre de Academia Nacional de Historia. En sus orígenes integró a prestantes intelectuales conservadores, que hicieron de la institución una especie de “refugio” frente al liberalismo triunfante y hegemónico. Pero con el paso de los años, fueron admitidos otros investigadores incluso vinculados al liberalismo intelectual, aunque siempre predominó en la Academia el sector conservador.

La Academia representó la visión “tradicional” de la historia, generalmente referida a hechos célebres, personalidades heroicas o destacables por su accionar en la vida del país, y presidentes republicanos. El “Boletín” de la Academia fue el espacio de su expresión. Sin embargo, la corriente de la Nueva Historia se desarrolló al margen de la Academia y también en crítica a su forma de mirar y hacer la historia. Gracias a esta corriente renovadora y a los trabajos de su generación, la historia ecuatoriana pasó a moverse desde aportes teóricos y metodológicos diversos, que investigaron sobre problemas e hipótesis, destacando procesos, vínculos entre el pasado y el presente, actores sociales frente a los actores individuales, confrontaciones entre clases, y temas amplios sobre la economía, los trabajadores y sectores populares, el urbanismo, la participación femenina, las instituciones, las fuerzas políticas, etc. Puede afirmarse que la historia se volvió un oficio profesional, incluso porque la nueva generación se formó para ello en las universidades que fundaron carreras especializadas, como es el caso de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

También aparecieron ecuatorianistas extranjeros que contribuyeron seriamente al avance de los estudios históricos, como por ejemplo Lois Crawford de Roberts, John Leddy Phelan, Ives Saint-Geours, Bernard Lavalle, Michael Hamerly, o Robert E. Norris.

La historia ha tenido tradicional arraigo en Quito, pero en las últimas décadas tomó impulso en distintas provincias del país, con lo cual se extendió la producción historiográfica y la dedicación de numerosos intelectuales, aunque no todos titulados en universidades. Con ello se ha ampliado la visión sobre las regiones y localidades, incluso, como ha ocurrido en Guayaquil, con el surgimiento de un grupo de investigadores que se maneja desde la perspectiva del autonomismo, reivindica la trayectoria de antiguos grupos oligárquicos así como los valores del empresariado, y cuestiona los aportes de la historia “serrana”.

Sin embargo, a pesar de los avances de la historia y su profesionalización, las décadas empresariales/neoliberales afectaron su difusión y, además, progresivamente las investigaciones disminuyeron, pues en un país galopante para los negocios, el apoyo al trabajo de los historiadores quedó cada vez más relegado. En todo caso, la investigación logró perdurar a través de un reducido núcleo de investigadores que lograron preservar, hasta la actualidad, el más importante e influyente espacio académico, aunque también es cierto que va surgiendo una nueva generación de recambio, que indudablemente descollará con el tiempo.

Son áreas débiles aún la historia económica y la historia inmediata o del presente, siendo esta última la que, cada vez más, ha merecido mi personal dedicación, no solo por las motivaciones que tienen las realidades del presente, sino incluso porque hacen falta en el país trabajos que enfoquen la coyuntura y el ciclo político contemporáneo desde una fundamentación histórica.

Por último, me referiré, en este bosquejo general, a los hitos en la investigación sociológica ecuatoriana.

He destacado que Agustín Cueva marcó un corte significativo para el desarrollo de la sociología científica en Ecuador. Pero, sin duda, pronto se sumaron a él los estudiosos pertenecientes a la nueva generación que despegó al calor del auge de las ciencias sociales ecuatorianas. Quito continuó como centro concentrador no sólo del núcleo fundamental de los investigadores identificados con la sociología sino también como ciudad que ha mantenido el pensamiento hegemónico en este campo, aunque esto no signifique descartar lo que se realiza, por ejemplo, en Cuenca y particularmente en su universidad, igualmente destacada. En ambas ciudades de la Sierra ecuatoriana el pensamiento y el trabajo sociológicos estuvieron vinculados a las facultades de sociología que se crearon por aquellos años.

Largamente predominó la sociología política, muy influida por la teoría marxista, por lo cual no se descuidaba, en aquellos años, la investigación sobre procesos históricos, a fin de sustentar la fundamentación conceptual.

Desde otra vertiente e incluso en oposición a los estudios marxistas apareció en 1977 “El poder político en el Ecuador”, libro del entonces profesor universitario Osvaldo Hurtado, uno de los fundadores de la Democracia Cristiana (1964) y quien ejerció la Presidencia de la República entre 1981-1984, tras la muerte, en un accidente de aviación, del Presidente Jaime Roldós (1979-1981). Era una obra con rigurosidad investigativa, ubicada en la sociología histórica, y que, en esencia, vinculó el desarrollo del poder político en el país al “sistema hacienda”, cuya progresiva crisis, desde mediados del siglo XX, afirmó el avance capitalista nacional. Por lo demás, la tesis era seguidora de los planteamientos de José Medina Echavarría (1903-1977), uno de los latinoamericanistas más notables.

Con la fundación de FLACSO sede de Quito en 1974, igualmente se enriquecieron los estudios sociológicos no solo desde la perspectiva marxista, sino también, conforme se avanzó en las décadas de los ochentas y noventas, con investigaciones desde concepciones distintas. De todos modos, al interior de la institución, también fue tomando forma una

corriente de sociología meramente conceptual, que descuidó la investigación histórica y que, en mucho, es la que predomina en la actualidad ecuatoriana.

En el presente, una de las labores de mayor difusión en ciencias sociales la realiza FLACSO Ecuador, que publica libros, tesis y tres revistas especializadas: Urvio, Eutopía e Íconos, esta última con 49 números hasta mayo de 2014. En historia tienen presencia reconocida la Academia Nacional, la Universidad Andina Simón Bolívar y la PUCE.

Cabe una consideración final: si en la ciencia social ecuatoriana, entre los intelectuales y, en general, en el pensamiento y la investigación predominan los académicos vinculados a la teoría marxista y a corrientes teóricas críticas, no se ha desarrollado en el país un sector académicamente influyente o de cierto prestigio que provenga desde la “derecha” intelectual, como ocurre en otros países latinoamericanos. Sus pensadores tienen más espacio en los medios de comunicación privados, donde han sido captados como editorialistas y articulistas, o son entrevistados en forma recurrente. Sobre todo es allí donde forjan los criterios que incursionan en el debate público.

Exceptuando el campo de la economía, donde hay una serie de “expertos” que fundamentan sus opiniones y escritos para la defensa del sistema de libre mercado y libre empresa, en la esfera política los intelectuales de esas derechas se caracterizan más por verter opiniones personales y realizar análisis basados en la argumentación simplemente racionalista, antes que sustentarlos en investigación rigurosa, empírica y demostrable. Y así como en la investigación social y en la academia predominan las concepciones críticas, los intelectuales de las “derechas” tienen espacio bien ganado en el campo jurídico, lo cual es explicable si se advierte que la esfera de lo jurídico se mueve siempre en los límites del sistema existente, discute desde la ideología y los conceptos, y se encamina por teorías y metodologías distintas a las que exige la investigación social, que trata de descubrir realidades objetivas, confrontaciones entre clases, estructuras socio-económicas, relaciones interculturales, procesos históricos, geoestrategias, así como determinaciones internas y externas sobre la vida de la sociedad.

Tampoco puede dejarse a un lado el hecho de que la producción científico-social es impulsada en las instituciones de educación superior a través de las tesis de grado. Podría hacerse un balance de excelentes trabajos, presentados con rigurosidad y en variados campos de investigación. Pero, lastimosamente, son escasas las tesis que llegan a ser publicadas. Ocurre algo parecido con los “journals”, pues los artículos indexados, escritos por especialistas, circulan, casi exclusivamente, entre los académicos interesados. En general, el campo de las influencias intelectuales en la sociedad y sobre la vida pública del Ecuador, como ocurre en otros países, pasa por las obras de autores que alcanzan un reconocimiento amplio y determinan los hitos de la investigación social.

Intelectuales y cambio social

En la época contemporánea, la historia ecuatoriana comparte fases parecidas a las que ha vivido América Latina.

En los desarrollistas años sesenta y setenta surgió una generación de investigadores que consolidó las ciencias sociales. Predominó la vertiente crítica y la adhesión al marxismo,

que fue la teoría que marcó los ejes intelectuales de la década de los ochenta, bien sea a favor o en contra de ella. Sin duda, el derrumbe del socialismo en la URSS y los países de Europa del Este afectó no solo al marxismo, sino también al horizonte político por el cambio del capitalismo en favor de un nuevo sistema.

El triunfo de la globalización, de la economía de mercado y de la hegemonía unipolar de EEUU parecía imbatible. El capitalismo se enseñoreó por todas partes y en América Latina los sucesivos gobiernos cumplían una especie de ritual inevitable, sujetándose a los condicionamientos del FMI, el pago de la deuda externa y la ideología neoliberal. Era, tal como lo había idealizado Francis Fukuyama, el “fin de la historia” en aras del triunfo del capital.

Nadie esperó que en 1999, con el triunfo presidencial de Hugo Chávez en Venezuela, la historia latinoamericana diera un giro radical, que alteró las bases del sistema “imbatible” del pasado inmediato. Porque al poco tiempo fueron tomando el poder, en distintos países, gobernantes que, con indudable apoyo popular, inauguraron el ciclo de lo que en la región se llamarían gobiernos de la Nueva Izquierda, entre los cuales la radicalidad ha quedado identificada con Bolivia (Evo Morales), ECUADOR (Rafael Correa), Nicaragua (Daniel Ortega) y Venezuela (Hugo Chávez y Nicolás Maduro). Y con ellos cambiaron las políticas gubernamentales, pues hubo la decisión de superar el “modelo” de economías abiertas, basadas en el mercado libre absoluto, al mismo tiempo que se retomó el papel regulador del Estado y se impusieron políticas sociales con el propósito de superar las condiciones de la inequidad económica, la desigualdad social y la persistencia de la pobreza.

Cuatro procesos históricos explican, como antecedentes, el camino ecuatoriano hacia un gobierno de Nueva Izquierda: 1. El modelo empresarial construido entre 1982-2006, que tan nefastas consecuencias trajo para la vida y el trabajo de amplios sectores medios y populares; 2. El Estado-de-Partidos edificado por la clase política tradicional, que se desatendió de las responsabilidades que les otorgaba la ciudadanía en las urnas; 3. La desinstitucionalización del Estado, con la creciente ingobernabilidad que estalló entre 1996-2006; 4. El auge y lucha de diversos movimientos sociales (entre los que destacó el indígena, desde 1990) por cambiar al país, y que finalmente se expresó como movimiento ciudadano de rechazo a la institucionalidad existente y, sobre todo, a los políticos, contra quienes enfiló una frase que se volvió grito de combate al momento de derrocar a Lucio Gutiérrez: “¡que se vayan todos!”.

Esos procesos determinaron el triunfo electoral de Rafael Correa, candidato de Alianza País (AP), una coalición de partidos y movimientos identificados con distintas izquierdas, quien asumió la Presidencia de la República el 15 de enero de 2007.

Con el inicio de este gobierno también comenzaron las labores de la Asamblea Constituyente, que elaboró la nueva Constitución, aprobada por referéndum en 2008.

El camino adoptado desde que comenzó el régimen, unido a su triple definición como gobierno de izquierda, bolivariano y por la construcción del “socialismo del siglo XXI”, determinó los posicionamientos no solo políticos sino académicos. Desde la oposición y los sectores identificados con la “derecha” ecuatoriana (término que, pese a su ambigüedad, se

lo viene utilizando en el país) se empezó por acusar a Correa de “comunista”, caudillista, populista, demagogo y, además, de reproducir el “camino chavista”, aludiendo con ello a la vía iniciada por el presidente Hugo Chávez en Venezuela, igualmente fundada en una Asamblea Constituyente, una nueva Constitución y el uso de los mismos conceptos políticos para la definición de su orientación política.

Sin embargo, con el avance de los cambios adoptados por el gobierno, se afirmó el apoyo ciudadano, que en nueve procesos electorales (incluidas dos elecciones presidenciales ganadas por Rafael Correa en primera vuelta y las consultas populares promovidas por él) ratificó el camino ecuatoriano liderado desde el Ejecutivo. En mayo de 2013 AP obtuvo 100 de los 130 escaños de la Asamblea Nacional, un triunfo inédito en la historia del país. Desde la oposición se habló, entonces, de una “democracia plebiscitaria”, que supuestamente contradice la democracia “verdadera”, argumento que resulta absolutamente fuera de toda racionalidad política. Pero en febrero de 2014, en el décimo proceso electoral, aunque el “partido” de gobierno (en realidad es un movimiento coaligado de fuerzas), conservó mayoría nacional electoral, diversas candidaturas de AP perdieron en varios gobiernos locales, incluida la alcaldía de la ciudad de Quito, lo que ha servido para que la oposición reiteradamente enfatice en el “declive” y hasta “fin” de lo que llaman “proyecto correísta”. Como después de esa “derrota” el mismo Presidente Correa anunció la posibilidad de reformar la Constitución a fin de introducir la reelección indefinida para todos los cargos de elección popular, arreció la campaña de la oposición en contra de semejante “atentado” contra la democracia y el “deseo” de Correa de “perpetuarse” en el poder, tildándolo de “monarca” o “dictador”, además de seguir identificando al régimen como “autoritario”.

Pero, ¿cuáles son los cambios introducidos desde 2007 y que provocan esas tensiones políticas?

En forma esquemática puede señalarse, como lo más importante: 1. Superación del modelo empresarial/neoliberal de desarrollo, reestructuración de la deuda ilegítima y alejamiento total de los condicionamientos del FMI; 2. Recuperación del Estado como instrumento de regulación y control sobre el mercado y las empresas, bajo la idea de que el ser humano está por encima del capital; 3. Consolidación de una nueva institucionalidad estatal y fortalecimiento de las empresas y servicios públicos; 4. Inversión estatal en obras públicas, infraestructuras y equipamientos; 5. Consolidación de políticas sociales como instrumentos obligatorios de acción gubernamental en diversos campos: educación, salud, medicina, seguridad social, trabajo, vivienda, interculturalidad; 6. Políticas socioeconómicas destinadas a promover el empleo amplio, disminuir desempleo y subempleo, realizar una fuerte redistribución de la riqueza y superar la pobreza extrema; 7. Latinoamericanismo, que alienta la integración regional y la identidad con los gobiernos de Nueva Izquierda; 8. Cuestionamientos al sistema mundial de globalización transnacional, a las hegemonías de tipo imperialista y a la institucionalidad derivada de la época de la guerra fría; 9. Respaldo e identidad con las causas en favor de la liberación de los pueblos contra el coloniaje, el neocolonialismo, el imperialismo y la promoción humana.

Estas macropolíticas sin duda han transformado a la sociedad ecuatoriana. Son innegables los logros sociales, reconocidos por entidades como CEPAL o NNUU. Es evidente la

modernización del país. Se ha logrado superar los términos de la inequidad. Existe una institucionalidad estatal centralizada y que mejoró en eficacia. La gobernabilidad democrática está vigente. Todo lo cual no significa que, a su vez, dejen de advertirse una serie de problemas no superados o que se han ampliado, y que normalmente los opositores magnifican por sobre los logros y avances.

El gobierno habla de que, con la “revolución ciudadana”, se está avanzando en la construcción del “socialismo del siglo XXI”, que, como lo he expresado en distintos escritos publicados por otros medios, significa, para mí, la articulación de dos aspectos unidos como dos caras de una misma moneda o como dos polos del mismo imán: por un lado, el desarrollo de un tipo de “capitalismo social”, que comparte algunos principios del capitalismo social europeo (economía social de mercado), particularmente del nórdico (economías escandinavas) o del Canadá, aunque tiene sus particularidades latinoamericanas; y, por otro lado, la consolidación de un Estado ciudadano-popular, que significa un cambio del poder político, que no está determinado, como antes, por los intereses de las clases sociales propietarias y del alto empresariado, sino por la hegemonía pluriclasista (para emplear una visualización marxista) que significa la expresión ciudadana, ante todo a través de las urnas y de sistemas de democracia directa establecidos por la Constitución de 2008. El gran límite que encuentro al proceso de la revolución ciudadana es el de no haber logrado, al menos todavía, una fuerte organización popular, de trabajadores y capas medias, que apunte, con su movilización masiva, los logros y que preserve, en el largo plazo, precisamente el proyecto de construcción del socialismo del siglo XXI. Es un fenómeno que diferencia al Ecuador de los procesos que viven Bolivia, Nicaragua o Venezuela, donde existen organización y activa movilización populares.

Desde una perspectiva histórica objetiva, no hay duda que entre 2007-2014, Ecuador vive un nuevo ciclo, diferenciado frente al ciclo inmediato que rigió entre 1979-2006. Esta constatación no significa juzgar al hecho como “bueno” ni “malo”, términos ajenos a la ubicación histórica.

En este nuevo ciclo histórico, tampoco hay dudas de que en la esfera académica también se ha producido una división de criterios entre la intelectualidad ecuatoriana.

Desde la opinión económica, que sobre todo hace uso de los medios de comunicación privados, se cuestiona al modelo en construcción, por “estatista” y supuestamente violentar los principios del “sano” y “prudente” manejo de la economía; se reivindica el papel de la competencia, así como un mercado abierto que favorezca a los “sectores productivos”, entendidos únicamente como los que pertenecen a la esfera de las empresas y negocios. Perdura, por tanto, entre editorialistas y comentaristas, un pensamiento económico ideológicamente coincidente con los postulados neoliberales. En cambio, no ha logrado difundirse, con igual alcance, el pensamiento económico alternativo, en tanto desde el gobierno se ha instituido la línea argumental defensora del modelo de economía social y solidaria planteada por la Constitución, incluso por el hecho de que el Presidente Correa, por ser un profesional en economía, logra transmitir sus mensajes y posiciones a través de los semanales Enlaces Ciudadanos.

La esfera en la cual con mayor claridad se advierten las oposiciones y tensiones en el pensamiento académico es el de la sociología y particularmente en cuanto a la politología.

Entre las izquierdas el ambiente está dividido. Primero, porque una serie de partidos y movimientos de la izquierda tradicional (MPD, P. Socialista, dirigencia indígena, algunos dirigentes sindicales) rompieron con el gobierno; segundo, porque antiguos intelectuales de izquierda y hasta otrora marxistas convencidos, han abandonado los fundamentos teóricos y conceptuales que utilizaron, para tomar otras alternativas.

En consecuencia, en las filas de estas izquierdas ahora contrarias al gobierno, se han desarrollado análisis y conceptos que coinciden en algunos argumentos: el de Correa no es un gobierno de izquierda; se trata de un régimen caudillista, populista y autoritario e incluso “hiper-presidencialista”, que no respeta a los movimientos sociales y criminaliza la protesta social; tampoco ha garantizado ni ha potenciado la interculturalidad; imposible definirlo como socialista o pretender que esté construyendo el socialismo; ha desnaturalizado o se ha apartado de la Constitución de 2008; tiene afanes “dictatoriales” y pretende prolongarse en el poder; no se vive una democracia participativa; han sido afectadas algunas libertades, como la de expresión; y, por último, ha mantenido y se sustenta en un “modelo extractivista”, de corte primario-exportador, al que no le interesa la preservación de la naturaleza, con lo cual contradice los principios del Sumak Kawsay (Buen Vivir) acogidos como fundamentos de la Constitución.

Sin proponérselo, varios de estos argumentos nacidos o asimilados por las izquierdas referidas, también son los mismos que han levantado las derechas opositoras, o que ambos repiten como provenientes de estudios y análisis objetivos de la realidad.

Los alcances de esos argumentos fueron deslegitimados socialmente en las elecciones de 2013, cuando los sectores de izquierdas en oposición al gobierno obtuvieron, en conjunto, el 3% de la votación nacional, lo que fue una derrota inédita, aunque en las elecciones de febrero de 2014, algunos de los candidatos provenientes de esas tendencias lograron acceder a puestos en contados gobiernos seccionales del país.

Por lo demás, las derechas opositoras, como se anotó, no son las generadoras de pensamiento influyente en los medios académicos, limitándose a las opiniones críticas a través de los medios de comunicación, en los cuales enfatizan los cuestionamientos de tipo económico, político y jurídico, en respuesta a las coyunturas inmediatas, pero no en la perspectiva de largo plazo.

El autor que mejor representa el pensamiento de esas derechas es Osvaldo Hurtado, cuyos giros políticos y académicos de la actualidad contrastan con la producción intelectual que desarrolló en la década de los setenta, cuando era considerado “comunista”. Su último libro “Dictaduras del siglo XXI” (2012), convertido inmediatamente en “best seller”, parte de una simple propuesta conceptual, que considera que, a través de sucesivos mini golpes de Estado, en Ecuador se ha instalado, verdaderamente, una dictadura, en un camino que siguen, por igual, los gobernantes del “socialismo del siglo XXI” en Bolivia, Nicaragua y Venezuela.

Desde las izquierdas críticas, los libros que mejor condensan su pensamiento e investigación son “El correísmo al desnudo” (2013), prologado por Alberto Acosta, economista, intelectual y ex Presidente de la Asamblea Constituyente, hoy apasionado anticorreísta, y el reciente “La restauración conservadora del correísmo” (2014). En ambos escriben una serie de autores, entre economistas, juristas, sociólogos, politólogos, ambientalistas y activistas políticos, varios de ellos profesores universitarios. Lastimosamente entre la mayoría hay revanchismos antigubernamentales, conceptos prefijados y posiciones ideológicas preconcebidas, que tratan de ser comprobadas con datos empíricos y argumentos ajustados estrictamente a esos pre-juicios, antes que basarse en un balance objetivo de la realidad.

También merece destacarse la sistemática labor de investigación social desde la perspectiva crítica que viene desarrollando la revista “Ecuador Debate” publicada por el CAAP (Centro Andino de Acción Popular) desde 1982, que reúne a investigadores en torno a temáticas centrales específicas, más los artículos normales de análisis de la coyuntura. Otra revista que trata de recuperar el espacio que tuvo en el pasado es “Ciencias Sociales”, publicada por la Escuela de Sociología de la Universidad Central del Ecuador. En otras ciudades del país la difusión de artículos o libros casi se reduce al ámbito local, lo cual es un problema para el conocimiento nacional de las investigaciones sociales, ya que Quito hegemoniza incluso porque cuenta con las librerías más representativas en el país que, por cierto, han decaído escandalosamente en la oferta de literatura científico-social latinoamericana.

Pero hay otra dimensión que también vale resaltar: el gobierno del Presidente Rafael Correa ha captado, para funciones tecno-burocráticas, consultorías y asesorías, un amplio sector de profesionales jóvenes, que ahora están comprometidos con el proceso de cambios articulados desde el Estado. Se trata de una generación renovadora en distintas áreas de las ciencias sociales, que están realizando funciones públicas o investigación permanente, aunque circunscrita para las entidades estatales. Esta generación representa compromiso social y político, al mismo tiempo que ejercicio académico que reflexiona e investiga sobre las realidades nacionales, la geopolítica continental y las posibilidades de construcción de una nueva sociedad. Varios jóvenes de alta calificación y trayectoria universitaria hoy son ministros u ocupan altas direcciones en entidades estatales o que investigan sobre la realidad ecuatoriana, con lo cual se busca respaldar las decisiones de gobierno. Sin embargo, también entre esas generaciones se han edificado algunos dogmáticos e inflexibles criterios tecnócrata-burocráticos.

Además, el gobierno se ha interesado, en forma especial, en la promoción y mejoramiento de la educación, en general, y de la universidad ecuatoriana, en particular. Con decisión se aplicó el sistema de calificación y evaluación de universidades, que condujo al cierre de 14 centros de educación superior privados (existían 72 universidades en el país, entre públicas y privadas), por no cumplir con los parámetros mínimos del servicio; así como a la ubicación de las otras universidades en distintos niveles de calificación (A, B, C, D, E), que ha forzado a su transformación.

El principio que orienta estas acciones del Estado es el mejoramiento de la calidad de la universidad, a fin de que su orientación sea el fomento del talento humano, la investigación científica y un cambio de mentalidad nacional que contribuya, con profesionales altamente

capacitados en los diversos campos del saber, al cambio de la “matriz productiva”, la construcción del Sumak Kawsay y la edificación del nuevo “socialismo del siglo XXI”. Además, se ha enfatizado en la gratuidad de la educación pública a todo nivel, reforzando criterios de ingreso, pero también de profesionalización mediante exámenes generalizados y unificados; se busca contar con profesores universitarios que tengan doctorados y PHD; se introdujo la evaluación de carreras y la titularidad de profesores de acuerdo con su producción científica indexada y revisada por pares académicos. También ha sido innovador el establecimiento de cuatro “mega universidades” especialmente diseñadas: una, integrada a la Ciudad del Conocimiento Yachay; la Universidad de las Artes; la Universidad del Docente; y la Universidad Amazónica Ikiam, especializada en ciencias de la vida.

Sin embargo, no todo lo que brilla es oro, porque hay reacciones críticas entre las mismas universidades, profesores y académicos con respecto a las mega universidades, y sobre todo contra una serie de dogmatismos bajo los cuales se ha conducido el sistema de calificación y evaluación implementado por la Secretaría Nacional de Educación Superior, Ciencia y Tecnología (SENESCYT) y el Consejo de Evaluación, Acreditación y Aseguramiento de la Calidad de la Educación Superior (CEAACES). Esas posiciones críticas pueden seguirse a través del blog y página de Facebook que mantiene el Foro Universidad y Sociedad.

A modo de conclusión

En la historia ecuatoriana el pensamiento de avanzada social ha estado vinculado a la idea de cambio de las realidades del país.

Durante el siglo XIX, los pensadores y ensayistas liberales representaron la posición crítica frente al dominio conservador y al sistema oligárquico-terrateniente. Pero los instrumentos teóricos y metodológicos, unidos a las condiciones históricas de la época, impidieron las transformaciones radicales.

En contraste, las ciencias sociales florecen con el avance del siglo XX. Hasta mediados del mismo, todavía predominó el ensayo; pero en la segunda mitad adquirieron significación los estudios basados en la investigación objetiva de la realidad.

Desde tres áreas de investigación, la economía, la historia y la sociología política, la investigación social ecuatoriana se potenció durante las décadas “desarrollistas” de los sesenta y setenta, consolidándose en los ochenta. La generación de investigadores sociales que surgió en aquellos años ha tenido una larga influencia en el país, pero solo en la actualidad va perfilándose un recambio generacional.

Al pensamiento y la investigación social caracterizó la crítica al sistema capitalista ecuatoriano, la influencia del marxismo y hasta el compromiso político. Sin embargo, el nuevo ciclo histórico iniciado en Ecuador desde 2007 ha dividido a la intelectualidad y ha polarizado posiciones con respecto al acontecer nacional. Este es el fenómeno más evidente en la esfera académica del país. Antiguos intelectuales que se identificaban con la izquierda cambiaron de orientación y rumbo teórico y metodológico. Otros han afirmado su oposición al gobierno del Presidente Rafael Correa, asumiendo poseer la verdadera

posición de izquierda y hasta revolucionaria. Y otros más, aunque reconocen logros gubernamentales, prefieren identificarse con quienes asumen la oposición general.

El hecho histórico es que el gobierno del Presidente Rafael Correa ha suscitado, en forma inédita, reflexiones, análisis, acciones y reacciones académicas de todo tipo, que han incidido en la investigación social y en el compromiso intelectual.

Más allá de los trabajos que se realizan para la obtención de títulos de pregrado y postgrado, la ciencia social ecuatoriana orbita, en mucho, en torno a la politología, teniendo como centro al gobierno. En tales circunstancias se generalizan opiniones, análisis y puntos de vista que traducen inmediatez y urgencia, pero que no están soportados en una rigurosa investigación académica. Pero existe otro espacio de trabajos que adquieren esta exigencia en el ámbito universitario; y los investigadores que obran con apego a esa rigurosidad constituyen una élite que alcanza influencia pública.

A la ciencia social ecuatoriana interesa que América Latina conozca su desarrollo, sus temáticas fundamentales y los hitos de sus contribuciones, pues Ecuador se ha demostrado como un país pionero en múltiples manifestaciones: su proceso de independencia, junto al de Haití y Bolivia, es precursor frente al resto de países latinoamericanos; la Revolución Liberal Ecuatoriana antecedió, en sus logros, a muchos estados; la Revolución Juliana adoptó políticas anteriores al New Deal y al keynesianismo, considerados hitos en la renovación de la economía social; el desarrollismo en el país se ligó a la superación del régimen oligárquico-terrateniente; la revolución ciudadana incubó contra la marcha del modelo empresarial/neoliberal de desarrollo y las transformaciones que experimenta Ecuador desde 2007 han provocado el interés y la atención de Latinoamérica.

Finalmente, el esquema presentado por este trabajo puede facilitar la ubicación de los procesos y el camino que ha seguido la investigación social ecuatoriana. Hemos señalado hitos fundamentales por sobre los nombres de autores y libros, ya que las temáticas centrales son las que dan significación a las realidades que han sido estudiadas en cada momento.